

**LA EDICIÓN AUTORIZADA**

de la novela de que trata este extracto de argumento se ha publicado en la Casa Editorial de Herder & C.<sup>ª</sup> - Friburgo de Brisgovia, bajo el título:

**El Pequeño Lord Fauntleroy**

por

**Francis Hodgson Burnett**

Versión Castellana por

**Carmen Ruiz del Arbol**

Con trece grabados. En 8.º

Encuad. Ptas. 5.- para España

Doll. -.80 para los países latino-americanos.

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

**N.º 13**

**25 cts.**



**EL  
PEQUEÑO  
LORD FAUNTLEROY  
(I)**

por  
**Mary Pickford**  
**Filmoteca**  
de Catalunya





## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º XIII

---

---

### EL PEQUEÑO LORD FAUNTLEROY

Adaptación á la pantalla, en dos jornadas, de la novela de FRANCIS HODGONS BURNETT

por **BERNARDO Mc. CONVILLE**

Extracto del argumento de dicha adaptación

PROTAGONISTA: MARY PICKFORD

NOTA IMPORTANTE: Los papeles de madre é hijo de esta película son interpretados por la ilustre «estrella» Mary Pickford. Es justicia hacer constar aquí la eminente creación que realiza en sus dos «roles» esta mimada artista.

---

#### INTÉRPRETES

Carlos Errol  
Amelia Errol, madre de  
Carlos } MARY PICKFORD



El Conde de Dorincourt	Claude Gillingwater
Guillermo Havisham, (Notario del Conde)	Joseph Dowling
Alejandro, hijo mayor del Conde	Colin Kenny
Señor Hobbs, el tendero	James Marcos
Señora Cinta, vendedora de manzanas	Kate Price
Silverio, el limpia-botas	Fred Malatesta
Minna, la Aventurera	Rose Dron
El pretendiente, hijo de Minna	Francis Marion
Señora Higinia, una granjera	Madame de Bodamere

## PRIMERA JORNADA

### La Herencia del Abuelo

La acción se desarrolla en tiempos que sólo recuerda la historia, época de desnivel social afortunadamente olvidada con el progreso de las ideas de los hombres, que sustituyeron al derecho de la sangre el derecho á la vida, derrocando en su mayor parte el poder fanático de los que nacieron de sangre azul.

—Mamá, yo desearía ser lo mismo que los demás muchachos. ¿Porqué no dejas que me corten los cabellos?

—Llevas así el pelo, hijo mío, en memoria

de tu padre. Cuando él era un niño también usaba bucles como tú. Yo esperaba á que fueres mayorcito; pero si es gusto tuyo, no he de contrariarte; mandaré que te corten los cabellos.

—Si papá llevaba bucles de pequeño.... ¡yo estoy desde ahora orgulloso de los míos!

Así hablaban Carlos Errol y su madre Amelia Errol, viuda y sin más consuelo en la vida que su hijito que no llegaba á los ocho años.

Cuando hubieron terminado su conversación madre é hijo, Carlos salió corriendo de su casa con dirección al lugar donde poco antes se le mofaron de sus bucles unos golfillos desaprensivos. Y así que los tuvo cerca les dijo con dignidad resentida:

—Mi padre llevaba bucles, y os habéis mofado de los míos. ¡Pedidme perdón!

El resultado de la orden imperativa de Carlos no fué ciertamente halagueña para él que, apenas húbola dictado é intentado hacerla poner á ejecución con la fuerza de sus puños, caía como una pelota en el grupo compacto de los golfillos.

Entretanto, en Inglaterra, en un casi milenario dominio señorial en donde vivía el viejo Conde de Dorinccourt, fabulosamente rico, sin amigos que endulzaran su amarga vida de achaques, sin afectos que rompiesen la monotonía de su soledad, Alejandro, el único superviviente de los hijos habidos en el matrimonio del Conde de Dorinccourt, rendía, como de costumbre desde la mañana, un culto exagerado al alcohol. Disipado por los placeres venales, hastiado de repartir su dinero á manos



llenas por obtener un insignificante capricho vicioso, se consagraba por entero al gusto de su paladar.

Guillermo Havisham, notario del Conde, encargado de la dirección de todos sus negocios, no pudo reprimirse á la vista de la denigrante conducta del heredero del Condado y, atento á sus obligaciones preceptoriales y administrativas, tuvo que reprenderle de esta manera:

—Mucho convendría, señor, á vuestra tranquilidad presente y futura, un poco de abstinencia de esa vida que tanto os perjudica.

Su buena intención vióse defraudada con la insolente réplica del vicioso:

—Conciente de mis actos, señor Havisham, yo asumo la responsabilidad de ellos sin necesidad de consejos extraños.

A pesar de su estado de embriaguez y de las prudentes amonestaciones del Notario, Alejandro no renunció á su peligroso paseo á caballo. Mas hé aquí que al ir á franquear la salida del Castillo el caballo se encabritó; su dueño no pudo dominarlo y fué lanzado furiosamente sobre las piedras en las que dió de cabeza. Acudieron sus criados los cuales, horrorizados, comprobaron que la fractura del cráneo le había producido la muerte instantánea.

En este mismo instante el Notario enteraba al viejo y lunático Conde de Dorinccourt de sus gestiones cerca de su hijo Alejandro para que se enmendase.

—Señor,—le manifestaba—he reconvenido á vuestro hijo: sin embargo no espero sacar de mis leales consejos mejor fruto que otras veces. Es incorregible.

El Conde, furioso, contestóle:

—A pesar de todo, Havisham, os cabe cierta responsabilidad moral en sus extravagancias, puesto que, para ponerle freno, estáis plenamente autorizado.

Ensombrecido por una visión trágica, el Conde prosiguió con tristeza:

—¡Que presentimiento, Dios mio!... Si mi hijo, embriagado, fuera víctima de algún accidente y perdiese la vida, mi título se extinguiría conmigo.

—Olvidáis señor, que Carlos, vuestro hijo difunto, tuvo sucesión en su malhadado matrimonio con Amelia Errol—hizo observar al viejo el notario.

—Muerto Carlos, no traigáis á mi memoria ese funesto recuerdo de su viuda y de su hijo.

Aquí fué interrumpida la audiencia pues la funesta noticia de la muerte del heredero era comunicada, con todas las formas debidas, al noble león.

El luto moral fué dolorosísimo para el viejo Conde.

\*  
\*  
\*

Volvamos á América.

En ella encontramos á Carlos.... restablecido ya de los coscorrónes recibidos por querer



castigar las osadas burlas dirigidas á sus bucles.

Carlos sabe atraerse, con sus personales simpatías, innumerables amistades; pero á quien distingue con singular predilección es á Hobbs, el tendero de la esquina de su calle. Su mamita le ha mandado á comprar polvos.... de esmeril. Carlos y el buen Hobbs comentan lo cara que se ha puesto la vida.... sobre todo el precio de los huevos. El muchacho que tiene sus ideas para el porvenir, informa al tendero:

—No os apuréis, señor Hobbs.... Cuando yo sea Presidente de los Estados Unidos tendréis una tienda muy linda cerca de la Presidencia.

El señor Hobbs se sonríe y le contesta:

—Carlos, hay que sentirse orgulloso de ser americano. Acabo de leer precisamente cosas horribles de la crueldad de los Condes y Lores de Inglaterra.... Son tiranos y sanguinarios.... Hacen cortar la cabeza á los pobres, por capricho.

—¡Qué bárbaros! Y decidme, señor Hobbs, ¿que haríais si un Conde osase entrar en vuestra tienda?

—Hombre, me gustaría que uno se atreviera: del primer puntapié no quedaba ni los restos.

—Ya lo creo, señor Hobbs: ¡con los puntos que usted gasta!....

\*  
\*\*

En Inglaterra. La súbita muerte de Alejandro hizo comprender al amargado Conde que él no podía oponerse á que el título y los dominios del Condado se trasmitiesen al heredero legal. Aunque sintiera inmenso dolor haciendo tal, comunicaba sus deseos á su Notario:

—El hijo de Carlos será seguramente un muchacho vulgar y mal criado: no obstante, hay que respetar su derecho á la herencia. Es, pues, necesario que partáis al momento para buscarlo, Havisham.

\*  
\*\*

En New York, Carlos, saliendo de la tienda del señor Hobbs ha ido á ver á otra gran amistad: la señora Cinta, la vendedora de manzanas.

—¿Cómo va la venta, señora Cinta?

—Hola, Carlos, no va mal, hijo, pero este dolor reumático de mis piernas me mata. ¡Ah!



El día que yo pueda comprar una buena estufa....

— Cuando yo sea Presidente de los Estados Unidos, no tendréis necesidad de seguir trabajando: vendréis á habitar conmigo en la Casa Blanca.

Mientras Carlos sigue haciendo promesas á la señora Cinta, su madre recibe la visita de Havisham, el Notario del Conde.

— Señora Errol, en nombre del señor Conde de Dorinccourt vengo á hablaros de un asunto importantísimo. Servios compenetraros del contenido de esta carta, Señora.

La madre de Carlos, lee con avidez el escrito que dice así:

Castillo de Dorinccourt  
Leamington

Vercestershire  
(Inglaterra)

Señora:

El portador de la presente, Mr. Guillermo J. Havisham, mi Notario, os visitará para hablar de un asunto que afecta al porvenir de Lord Fauntleroy, vuestro hijo.

Aceptad, Señora, con este motivo, mi respetuoso saludo,

DORINCCOURT.

Amelia Errol con evidentes muestras de malestar producido por la inesperada ni deseada noticia, escuchaba al Notario:

— Señora, el Conde de Dorinccourt acaba de perder á su hijo mayor; por lo tanto vuestro hijo es ahora Lord Fauntleroy, heredero del título y de la fortuna.

Amelia rechaza la pretensión del Conde, di-

ciendo á su Notario:

— El Conde repudió en vida injustamente á mi marido, negóse á concederle el supremo perdón que le demandara.... ¿Y este viejo cruel se atreve siquiera á pensar que yo voy á dejarle á mi hijo?

— Acallad vuestros agravios, señora, y ved que se ventila el porvenir de vuestro hijo, el cual debe recibir la educación que exige su elevado rango.

Carlos, por su parte, ha conseguido consolar á la señora Cinta. Se despide de ella y se dirige á saludar á otro amigo excelente é ilustre: Silverio, el limpia-botas.

El «arrastrao» se queja de su mala estrella.

— Mi negocio está en ruina: no pago el alquiler me pondrán de patitas en la calle.

— Cuando yo sea Presidente, os presentaré á los Senadores. Veréis que brillo os vais á dar limpiándoles á todos el calzado.

— Eso me convendría, Carlos: que eso de ocupar tú la Presidencia sea pronto, muchacho, pues ya no me es posible esperar mucho.

— Animáos, Silverio; no es propia de un limpia-botas esa cara de penas que ponéis al sol.... ¡Sonreídme, Silverio!

Amelia y Havisham prosiguen su conversación; aquella, persuadida de que el porvenir de su hijo está en manos de su abuelo, se ha resignado á obedecer al noble.

Durante la conversación con el Notario, Amelia ha olvidado completamente su... puchero que hierve furioso. El conflicto entré las dos atenciones, la que merece el visitante y la que exige el fogón, queda pronto resuelto con



la ligera insinuación que hace la «cocinera» al caballero, para poder acudir á su apremiante deber.

Mientras Amelia conjura el peligro de una inevitable erupción del agitado puchero, Carlos, que acaba de devolver la calma á su amigo el limpia-botas, hace su aparición en el salón de su casa, hallándose inadvertidamente en presencia de Havisham quien, al verle tan vivaracho, exclama:

—¡Ah!... ¡el pequeño Lord Fauntleroy!

—Perdón, Señor; me llamo Carlos Errol.—le contesta éste.

—Es verdad; pero desde ahora en adelante seréis Lord Fauntleroy.—añade Havisham.

Carlos se asusta; el recuerdo de lo que le ha contado Hobbs, el tendero, con referencia á los lores, le hace pronunciar, vehemente, esta negativa:

—Yo no quiero ser Lord, caballero. El señor Hobbs dice que los lores se divierten mandando cortar la cabeza á los pobres!

—¡Qué disparate!...—le dice el Notario.—Vuestro abuelo en Inglaterra es Lord.

Las palabras de Havisham tranquilizan paulatinamente á Carlos, convenciéndole á aceptar su destino. Sumiso, el pequeño Lord exclama:

—Mi destino debería ser el de Presidente de los Estados Unidos.... Ahora, que si conviene ser Lord lo seré, con tal de que mamá también pueda serlo.

—Bien: puesto que sois Lord y disfrutáis de infinitas riquezas, vuestro abuelo me ha autorizado para daros cuanto queráis.—le mani-

fiesta el Notario.—Tomad: hé aquí un anticipo para vuestros gastos antes de partir hacia el Castillo. Disponed de esta cantidad como gustéis.

El pequeño Lord cree soñar al verse poseedor de tantos billetes de Banco pero no le



*El pequeño Lord cree soñar...*

queda ninguna duda de la realidad de su riqueza cuando ve salir á su madre de la cocina sonriéndole, con cierta amargura, ocultando á sus ojos de niño.

En su transporte de felicidad, producida por la idea del bien que le será posible hacer con



el dinero tan inesperado, Carlos dice, con vehemencia:

—¡Qué felicidad ser rico! Voy á comprar una estufa para la señora Cinta; pagaré el alquiler de Silverio, y.... después....

No acaba la frase; sale disparado en dirección á la tienda de su gran amigo, el señor Hobbs.

La madre de Carlos, temerosa de que el cambio de vida no sea contraproducente á su hijo, expone sus cuitas al Notario:

—La fortuna—le dice—suele estimular el egoísmo de las personas. ¡Ojalá no cambien, con su nueva posición, los nobilísimos sentimientos de Carlos!

Havisham procura, sabiamente, disipar las dudas maternas.

El pequeño Lord Fauntleroy ha llegado ya á presencia del tendero, el cual, viéndole entrar en su tienda con aire compungido, le pregunta:

—Mi pequeño amigo ¿estáis enfermo?

Carlos le mira sin poder disimularle su tristeza. Por fin se decide á confesarle la verdad:

—Señor Hobbs—le dice—¿qué habíais dicho que haríais con un Lord, si osara entrar en vuestra tienda?

—¡Que le pulverizaría de un soberano puntapié!

—Pues os advierto, señor Hobbs, que es un Lord el que ahora os está hablando.

Resignado á recibir el puntapié anunciado por Hobbs para el primer Lord que se le presentara, Carlos se coloca en posición adecuada para ello.

—Oye, pequeño; uno de nosotros debe estar loco sin remedio.—le dice el tendero, asombrado por lo que acaba de oír.... y ver.

—No se crea; yo también estoy muy disgustado, porque mi idea era ser Presidente y, por lo visto, debo ser Lord á la fuerza.

Renunciando á su aversión hacia los Lores, el señor Hobbs aconseja al muchacho que tenga paciencia, asegurándole que el ser Lord no le impedirá, más adelante, realizar sus deseos de ser Presidente de los Estados Unidos.

La misma nueva fué á llevar á sus amigos la señora Cinta y Silverio; pero con éstos no tuvo que andarse con remilgos.... pues ellos no habían prometido ninguna patadita.

El día de la partida llega al fin y Carlos tiene que separarse de sus entrañables amistades. El señor Hobbs, la señora Cinta y Silverio, endomingados en honor de su amiguito, se despiden de él. Carlos, para conseguir que fueran á verle alguna vez á Inglaterra, les notifica:

—El señor Havisham me ha asegurado que los Lores ya no cortan la cabeza á las gentes; de modo que no teniendo nada que temer.... podéis venir á verme á Londres siempre que os parezca.

Para los tres humildes seres constituía honda contrariedad el separarse de su tierno amiguito y procuraban demostrarle, con un modesto presente, su arriesgada afición.

Por su parte Carlos, antes de alejarse de ellos, les entrega un sobre á cada uno, que abren cuando el pequeño Lord, recogido por su madre y Havisham, desaparece á lo lejos,



quizá para no volver jamás. ¡Lágrimas de agradecimiento brotan de sus ojos al comprobar que el muchacho, el alma noble de Carlos, les ha regalado un arrogante billete de 1.000 dólares!

\*  
\*  
\*

Tras unos días de navegación, Amelia Errol y Carlos, acompañados de Havisham, llegan al término de su viaje, al dominio de Dorincourt. Penetran en el inmenso jardín hermo-seado por la riente Primavera. Frente al pabellón situado cerca del Castillo, Havisham, con todas las formas debidas, participa á Amelia:

—El señor Conde es un hombre arcáico, lleno de prejuicios. Ha impuesto la condición, muy poco cortés ciertamente, de que habitéis este pabellón, mientras que Lord Fauntleroy vivirá en el Castillo.

Amelia no había descontado este rudo golpe á su amor propio. No pudo contestar. Havisham añade:

—Señora, la dureza de esta condición impuesta por el Conde queda bastante atenuada, puesto que Lord Fauntleroy podrá venir á veros siempre que lo deseéis.

Acongojada por la orden dada por el orgullo del Conde, herido por su hijo que se casó

con ella sin su consentimiento, Amelia musita:  
—A pesar de su opulencia, yo espero que mi hijo no olvidará los generosos sentimientos de los tiempos humildes.

Luego, abrazando á su hijo, le dice ocultándole su pesar:

—Carlos, tu vas á vivir en el Castillo... yo en el pabellón. Así, en el trato frecuente é íntimo con tu abuelo, aprenderás más pronto á conocerlo.

Carlos, no comprendiendo la razón por la cual su madre no iba á vivir con él, la pregunta:

—Pero, madrecita....

—Tu abuelo es bueno, hijo mío.... ámale como me amas á mí.

Havisham interviene con oportunidad. Y de este modo, Amelia penetra en el pabellón, su retiro, por la voluntad de un viejo inconciente, y Carlos, el presunto heredero de los antiguos pergaminos y de los vastos dominios del Condado, hace su entrada en Dorincourt.

Como quiera que ha tenido que recorrer un largo trecho para llegar á la puerta del Castillo, Carlos no puede reprimirse esta frase de admiración:

—¡Caramba!.... ¡Es curioso esto de vivir tan lejos de la puerta de entrada!

En el interior del Castillo, toda la servidumbre se halla reunida para recibirle cual le corresponde. Carlos, sorprendido de ver tanta gente que le hace objeto de tan amable recibimiento, pregunta á Havisham:

—¿Todas estas personas pertenecen á la familia de mi abuelo?





56.

*...y apoyándose en él llegan ambos al gran comedor...*



El ama de llaves sale á su encuentro; Carlos la saluda, como si se tratase de una amiga conocida desde tiempo. La dama, complacida y complaciente, le notifica:

—El Sr. Conde os recibirá esta tarde.... Voy á conducirlos á vuestras habitaciones.

El Conde, huraño como siempre, dá audiencia en su despacho á su Notario.

—Bien, señor Havisham,—le dice—habladme.... ¿qué tal el muchacho?

—No es la de muchacho la palabra que le cuadra, señor....—contestóle Havisham— Se trata realmente de una criatura encantadora, dotada de extraordinaria inteligencia, muy superior á su corta edad.

—Educado como americano, supongo.

—Ahora, señor, he de hablaros de la madre de Lord Fauntleroy. Esta señora prefiere no aceptar la pensión que teníais el propósito de concederla.

—¡No me habléis de esa mujer! La generosidad de que blasona es ardid hipócrita para disfrazar su baja condición de intrigante.

Ante la firme opinión que el Conde tenía formada acerca de Amelia Errol, Havisham prefiere dar por terminada su conversación con el viejo.

Al atardecer, conforme había sido mandado, el ama de llaves entrega á Carlos al mayordomo que se encarga de anunciarlo al Conde:

—¡Lord Fauntleroy!

El viejo solitario no hace el menor movimiento en su amplio y mullido sillón; el Lord, el hijo de Amelia Errol, no le interesaba. Le pertenecía el título, nada más.... su corazón le

estaría eternamente cerrado.

Carlos, que no había sospechado tal recibimiento por parte de su abuelito, no se atrevía á acercársele pero, al fin, suponiendo que, ocupado en la lectura de alguna novela interesante, no ha debido oírle, llega lentamente á



—¡Lord Fauntleroy!

su presencia y le sonríe con la boca y con los ojos.

Desde el primer instante, el talento instintivo, la afabilidad y la simpatía del pequeño Lord, caen en el corazón del Conde como semilla prometidora de dulces frutos.

—Abuelo Lord—le advierte Carlos—, me pa-



rece que habéis perdido la mitad de vuestros lentes.

El Conde comprueba la exclamación de su nieto, quitándose.... ¡el monóculo que está entero! ¡Carlos suponía que su abuelo usaba lentes y había perdido uno de los cristales con la montura!

El viejo, luchando con su orgullo y un sentimiento que despertaba en él, que se imponía á pesar de su voluntad, pregunta al muchacho, leyendo la verdad en su rostro.

—¿Crees tú que me querrás?

—No es que os querré, abuelito Lord;—le responde Carlos—es que ya os quiero.

El agrío semblante del Conde pareció iluminarse por un momento, tal fué el efecto producido por la frase de cariño de la inocente criatura.

El mayordomo interrumpe la entrevista íntima:

—Señor Conde, —dice—la mesa está servida.

El abuelo intenta levantarse de su sillón mas sus piernas reumáticas le flaquean; Carlos lo advierte y, con gesto heróico, de sublime significado, propone al Conde:

—Apoyáos sobre mi hombro, abuelito Lord... yo andaré despacio.... muy despacio....

—¡Que me apoye!.... Pero ¿podrás llevarme?

—¡Ya lo creo, abuelito! ¡Soy fuerte! ¡Si es preciso redoblaré mis fuerzas!

—Te fatigará mi peso.... quita.... quita....

—No lo creáis abuelito. ¡Probadme!

El Conde, vencido al fin por la insistente oferta de su nieto, acepta su hombro como puntal y apoyándose en él llegan ambos al

gran comedor. Los criados, inmóviles en sus sitios respectivos, se comunican con los ojos su extrañeza, hija del insólito caso de alta confianza que representa el dejarse acompañar por Lord Fauntleroy.

Carlos que se había portado como un hombre, *tal como suena el nombre*, aunque en algún momento sintiera que sus fuerzas no se mostraban de acuerdo con sus buenos deseos, encuentra alivio al separarse de su abuelito para sentarse á la mesa.

Los criados encargados del servicio de la comida murmuran quedamente acerca de las huellas de satisfacción que revela el semblante del Conde; pero éste, atento á lo que sucede á su alrededor é inflexible contra sí mismo, no quiere que se le suponga enternecido por la alegría sana de su nieto. Su voz autoritaria rompe la placidez del ambiente.

—¿Qué hacéis, mentecatos, que no servís?

Con un mudismo singular, signo de humildad y respeto ante el Señor, los criados cumplen con su deber.

Carlos, que desde que se sentara á la mesa, en uno de sus extremos y frente á su abuelo, no se ha sentido cómodo, pues la tal mesa media bien sus cuatro metros de longitud por dos metros de ancho, quiere participar á su abuelo que le gustaría mucho sentarse á su lado, pero otra idea se le adelanta á la primera:

—Abuelito Lord ¿no lleváis vuestra corona todos los días,—le pregunta curioso.

El Conde se detiene en su acción de comer por el efecto que la cándida reflexión de su nieto le causa. Los criados, impertérritos en su



estatuaria inmovilidad los unos y religiosamente silenciosos en su oficio los demás, se sonrien á la vista de esta escena. El abuelo contesta evasivamente al pequeño Lord.

—Si la llevo de vez en cuando....—le dice.

\*  
\*\*

En ese mismo instante, en el pabellón del Castillo, Amelia Errol no puede, por más esfuerzos que aune, sustraerse á la inquietud de lo que le pueda sobrevenir á su hijo del alma, lejos de ella. La pobre madre acepta resignada su reclusión, no obstante serle dolorosa y humillante, si en ella iba envuelto el bien de su único amor.

\*  
\*\*

En el Castillo, Carlos, no pudiendo callarse el malestar que le ocasiona el verse tan solo en una sala tan vasta, expone á su abuelo:

—¿No encontráis esta mesa un poco grande para dos personas?

—¿Es que la encuentras demasiado grande tú?

—.... ¡No, si estuviera mi madre con nosotros!

—¿Qué dices?

—Decía.... que si mamá estuviera con nosotros....

El pequeño Lord, á pesar de haber notado un gesto de disgusto en su abuelito, no se arredra ante él y se levanta para ir á enseñarle el retrato de su madre, que lleva en un colgante del cuello.

—Esta es mi mamita, abuelito.

El viejo Conde contempla un momento la fotografía de la aludida, mas presto la devuelve á Carlos. Sus sentimientos son invulnerables.

De todos modos, ardiendo en la curiosidad de saber lo que la *intrigante*, como él la califica, opina de su conducta, pregunta á su nieto.

—¿Qué te dice tu mamá de mí?

—Que debo amaros muchísimo, porque habéis perdido á vuestros hijos y porque yo soy vuestro único nieto.

—¡Ah! ¿Eso te aconseja tu mamá?....

—Si, abuelito.



\*  
\*\*

Para el pequeño Lord comienza una nueva existencia, llena de atractivos para su espíritu emprendedor. Los paseos á caballo constituyen su mejor diversión al par que también regocijábale á su abuelo el verle salir del Castillo con un aire marcial que le sentaba á las mil maravillas.

Todas las mañanas, al efectuar su paseo habitual, Carlos iba á ver á su madrecita que le recibía como el cautivo recibe los rayos del sol en su encierro.

Una de esas mañanas, precisamente la en que su abuelo le ha regalado un hermoso caballo, Carlos se entrevista con su madre á la que le dice lleno de alegría:

—Mamaita, tú querrás también mucho al abuelito.... ¡Es tan bueno para mí y vivimos en un castillo tan lindo!.... Lo que me duele, mamita, es que, sin tí, aquello es demasiado grande.

—Eres feliz, según veo, y eso basta; hijo mío. Yo sólo aspiro á que tú seas muy dichoso al lado de tu abuelo.... y te acuerdes siempre de mí.

—No te olvido un solo instante, mamita; en mis sueños también pienso en tí. Pero yo quisiera que abuelito nos uniera en el Castillo. Eso de que vivas en este Pabellón no me agrada. Cualquier día se lo diré al abuelo y me en-

fadaré si no me atiende. ¡Eso no está bien! ¿Verdad mamá, que no está bien?

—Cállate, atolondrado. Guárdate de abrirle el piquito al abuelo. Soy feliz y lo seré mientras te vea á tí sonriente. Anda, pues, hijo mío y no pongas en tu mente otro pensamiento ni



...Carlos iba á ver á su madrecita...

mejor ni peor que éste: “mañana volverè á ver á madrecita”.

—Si, mamá; seré obediente. ¡Hasta mañana!

—Si Dios tiene á bien disponerlo así. ¡Adiós, hijo mío!

La madre, llena de sacrificio por su pedazo



de corazón, en quien adoraba, lo contemplaba desde el Pabellón solitario, alejarse gentilmente á lo largo del camino de la verdeante campiña.

Los campesinos de Dorinccourt vegetaban en la más absoluta pobreza, debido al abandono punible de sus dueños.

Carlos, en su paseo á caballo, ve á una de las víctimas: es el cojito Miguelin que lleva penosamente un haz de leña para su cabaña. La carga es harto pesada para sus fuerzas agotadas por el largo camino que ya lleva andado. Rendido por el cansancio, deposita aquella en el suelo, cuando Carlos, que ha comprendido la debilidad del campesino, se detiene á su lado:

—¿A dónde vais?—le pregunta.

El requerido, quitándose la gorra con cómico apresuramiento, y cubriéndole de reverencias, le contesta:

—Señor Conde, voy á Dorinccourt, á unos veinte minutos de aquí.

—Estáis cansado, al parecer ¿no? Yo no conozco todavía aquello y me avengo á cederos mi cabalgadura si luego que haya visitado Dorinccourt me ponéis en el buen camino para regresar al Castillo.

—¡Oh! Señor Conde; tal proposición....

—No tiene nada de asombrosa.... Conque, subid.... no os hagáis de rogar.

El cojito no podía subir por sí mismo; Carlos pone á los pies de su caballo el haz de leña de Miguelin subiendo éste en el cual le resulta fácil acomodarse en el cuadrúpedo.

Y de este modo, Miguelin con la leña á ca-

ballo y Carlos á pie, llegan á Dorinccourt, frente á la cabaña del primero. Un nutrido grupo de niños y niñas salen á su encuentro comiéndose á Carlos con ojos que denotaban una gran sorpresa.

Miguelin le pregunta la nueva generación:



—Soy feliz y lo seré mientras te vea á ti sonriente...

—Señor Conde, he aquí á mis hermanos y á mis hermanas.

Una rápida ojeada sobre el grupo basta para que Carlos advierta en los muchachos cierto descuido que una madre no permitiría. Compadecido de los pequeños campesinos, alguno



de su edad, los demás menores que él, le pregunta á Miguelín, que es el mayor de todos:

—¿Es que no tenéis una madre que se ocupe de vosotros?

—Si, señor Conde—contesta tristemente el muchacho—la tenemos; pero está enferma desde hace algunas semanas. Está allí..., en la baña... en cama.

—¿Me permitís que la vea?

—¡Oh, señor! Vos entrar....

—¿También este deseo mio os extraña? ¡Por Dios, amigo, no me tengáis por raro!

—Entrad, señor, ya que queréis honrar nuestra humilde guarida.

Carlos penetra en la miserable estancia. Comparándola con el inmenso Castillo, considera que bien podría destinarse en su mayor parte á socorrer á los desamparados. ¿Por qué dos personas ocupaban tanto espacio y disfrutaban de tan holgada existencia si existían seres que faltaban de todo?

Acercándose á la enferma, la tranquiliza con dulces miradas y la dice:

—Soy Lord Fauntleroy, señora, y voy á pedir á mi abuelito que os envíe un doctor que os curará y que proteja á vuestros hijos.

La campesina, haciendo un esfuerzo por levantarse, le bendice, agradecida, y exclama:

—¡Sois un ángel! ¡El buen Dios ha escuchado mis ruegos!

## FIN DE LA PRIMERA JORNADA

*(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)*

**Próximo número:**

## EL PEQUEÑO LORD FAUNTLEROY

(2.<sup>a</sup> y última jornada)

### «EL INTRUSO»

POSTAL-FOTOGRAFIA:

**BEN TURPIN**

No dejen de adquirirlo Precio 25 Cts.

---

Imprenta E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa



## NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost

La venta exclusiva de

**La Novela Semanal Cinematográfica**

en España y América pertenece á la

**Sociedad General Española de Librería**

Ferraz, 21  
MADRID

Barbará, 16  
BARCELONA

No deje Vd. de comprar todos los números de LA NOVELA SEMANAL CINE-MATOGRÁFICA y sabremos corresponderle con mayores sacrificios, invariablemente al precio increíble de 25 cts. Adquiriendo todos los números, podrá formarse la más elegante y artística GALERÍA FOTO-CINEMATOGRAFICA de las más célebres figuras de la pantalla.

¡COMPRADLA TODOS!



**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

---

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(pago anticipado)

BARCELONA  
Y PROVINCIAS

Año . . . . . 12 ptas.  
Semestre . . . . . 7 »

EXTRANJERO

Año . . . . . 18 ptas.  
Semestre . . . . . 10 »

PORTUGAL, AMÉRICA  
Y FILIPINAS

Año . . . . . 14 ptas.  
Semestre . . . . . 8 »

Los señores suscriptores de pro-  
vincias pueden efectuar los pagos  
por medio de Giro Postal.